

La ilusión lacaniana*

François Roustang

El texto que presentaba el tema de este coloquio oponía la creencia en un progreso de la inteligencia humana o de la historia humana, característica de la tración de las Luces, a la crítica cultural que piensa las otras culturas como algo diverso, como separadas unas de otras y en consecuencia limitadas. En lo que toca a la crítica cultural, es imposible de adoptar el punto de vista único de una esencia del hombre, como lo hacía precisamente la tradición de las Luces, y mostrar a partir de ello cómo las diversas culturas convergen poco a poco hacia la manifestación de esta esencia.

La tradición de las Luces creía saber cuál era la esencia del hombre, cuando esa puesta esencia no era otra cosa que el hombre ideal o el ideal de la humanidad, tal cómo cierta tradición tenía necesidad de pensarlas para sus propias necesidades. Hoy es posible pensar que la certidumbre de el progreso de la inteligencia humana es el mito que requería "El Siglo de las Luces" y sus sucesores para poder pensar y actuar. Porque, al pretender poseer la esencia del hombre, esos siglos adquirían el derecho de llevar la verdad a todo el mundo. Los hombres de esos tiempos estimaban muy frecuentemente que debían proponer o incluso imponer esta verdad a las otras civilizaciones, puesto que, al hacerlo, lo que aportaban era su propia verdad y su propia plenitud, susceptibles de hacerlos felices. El hecho de que las armas hayan precedido a los profesores debía

* Tomado de *Critique*. Traducción de Raymundo Mier.

ser considerado como una condición evidente. El mito del progreso tenía entonces un alcance político.

Cuando las armadas de la Revolución invadieron Europa, sabían que llevaban los estandartes de la Luz universal. Esa es la razón que llevó a Hegel a saludar a Napoleón como el precursor del saber absoluto. El mismo derecho a la exportación de las luces será el sostén de las armas que fundarán los imperios coloniales. Los triunfos militares y la dominación política consecuente de aquéllos que detentaban la verdad sobre el hombre eran algo natural, porque, precediendo a los colonizados en la vía del progreso, eran fatalmente los más fuertes. Debían someter para educar a quiénes estaban sumergidos en las tinieblas.

La declinación de esta dominación política hizo dudar la validez del mito del progreso de la humanidad. El relativismo y el nihilismo no son más que la consecuencia intelectual de la duda instalada en los espíritus, a partir de la impugnación a la que siguió el rechazo del poder de los colonizadores. Al fortalecerse hasta igualarnos, las otras civilizaciones debían ser consideradas iguales a la nuestra. La creencia central en la posesión de la verdad universal ya no tenía fundamento, si no podía realizarse efectivamente en las relaciones de dominación. La verdad de esto queda atestiguada por el hecho mismo de que no se puede creer ya en un mito que supone la victoria política o económica cuando esta victoria se extingue.

Estaríamos muy equivocados si creyéramos que el relativismo, el nihilismo o la crítica cultural son más auténticos o más verdaderos que las Luces. Son simplemente el signo del fin de una dominación. Expresan ya sea el despecho por no haber sabido mantener intacto nuestro poder, ya sea la obligación que contragimos de proporcionarnos nuevos mitos más conformes a nuestra situación política. La crítica cultural es sólo un efecto geopolítico. El respeto de otras civilizaciones no es la consecuencia de una moralidad más amplia, sino el resultado de una debilidad ante la fuerza de los otros, y cuyo reconocimiento se nos impone. En cuanto a la indiferencia y la falta de compromiso político es también la consecuencia de la pérdida de un dominio. Los profesores han dejado de ser los agentes de la dominación universal, porque esta dominación universal se ha vuelto impensable. Tal vez las relaciones entre relativismo y dominación sean además de mayor sutileza. Podría suponerse, en efecto, que los profesores que defienden el relativismo son mejores agentes de

dominación porque, amparados por el respeto, los antiguos colonizados se encuentran más a merced de los antiguos colonizadores.

Todo esto lo conocemos bien. Si me he extendido tal vez demasiado en estas evidencias, es para subrayar la naturaleza tanto de la creencia en el progreso, en la tradición liberal de las Luces, como de los postulados de la crítica cultural. Estas no son las conclusiones de una investigación científica, tampoco son hipótesis susceptibles de transformarse en leyes, se trata simplemente de mitos, quiero decir, de ilusiones necesarias para nuestro pensamiento y nuestra acción, son proyectos y utopías donde se proyectan nuestros miedos y nuestros sueños. Esas ilusiones no difieren en nada, en cuanto a los roles que representan en nuestras sociedades, de los relatos y leyendas que fundan la especificidad de un pueblo, o de las sagas que permiten a una familia distinguirse de las otras.

Actualmente parece que las humanidades han lanzado a la búsqueda de ilusiones y leyendas que les permitan justificar su trabajo o que les darían la posibilidad de venderse mejor al aparecer en el mercado como una postura más reluciente. Por otra parte, parece que esas humanidades utilizan para ellos al psicoanálisis, y más particularmente al psicoanálisis lacaniano. Pensé entonces que me era posible hablar de la leyenda o la ilusión lacaniana tal como la he visto funcionar en Francia los últimos 20 años. Porque esta leyenda tiene todas las características que he mencionado hasta ese momento. Para comprenderla, es preciso preguntarse cómo se constituyó, a qué preguntas pretende responder, qué medios ha empleado para extenderse. Tal como podemos saber, a partir de esto, si esta leyenda es susceptible de exportarse a lo que podrían ser las humanidades en los Estados Unidos.

Cuando Lacan comenzó su enseñanza a mediados de los años '50, el psicoanálisis reunía a una decena de médicos, psiquiatras en su mayoría. La protección social, la atención que se daba en el país a la salud y en particular a la salud mental, estimuló la multiplicación de los centros terapéuticos, tanto para los niños como para los adultos. Pero hasta 1968 las psicoterapias en las instituciones fueron confiadas a los médicos. Después de '68, ocurrió una verdadera explosión: el crecimiento del número de dispensarios, de hospitales de día, de centros médico-pedagógicos es tal que la población de los pacientes aumenta con rapidez. Ahora bien, todo ese personal, que comprende educadores especializados, ergoterapeutas, psico-

terapeutas de toda clase, llegan hasta el psicoanálisis, que agrupaba en 1960 sólo a algunos especialistas que se inspiraban en él, va a convertirse, consecuentemente, en un verdadero medio social. Por miles se cuentan hoy las personas que viven de la práctica del psicoanálisis o de las psicoterapias inspiradas por él, tanto en las instituciones como en el ámbito privado.

En el contexto de explosión social se debe ubicar la influencia de Lacan. Sin las sumas estratosféricas gastadas en Francia en materia de salud mental, no se habría visto aparecer esa multitud de educadores o psicólogos. Ahora bien, éstos han sido durante años la infantería del psicoanálisis, quienes les han permitido a la vez popularizarse y sobrevivir, puesto que han multiplicado el número de sus clientes. Lacan obtuvo el beneficio de esta coyuntura política. Sin ella el lacanismo hubiera permanecido como el interés de una élite muy pequeña, y no habría podido convertirse en un instrumento de dominación política y económica en este medio restringido.

Es preciso, no obstante, hacer notar de paso que Lacan precedió ese movimiento. Cuando sustentaba su Seminario en la Escuela Normal Superior en 1964, su auditorio no se componía solamente de psiquiatras, sino de un gran número de alumnos de esta escuela y de miembros relevantes de la *intelligentsia* parisina. Cada semana algunos centenares de personas venían a escucharlo.

¿Cuál era el encanto que atraía a todo ese mundo exquisito? Más allá de la fascinación ejercida por un personaje fuera de lo común, de su estilo único, de sus hallazgos de lenguaje o la idea de su inmensa cultura, su auditorio quedaba atrapado por el asombro de encontrarse ante un discurso totalizante. Ahí se escuchaba una mezcla original de filosofía, matemáticas, lingüística, etnología, teología, etc. En ese discurso todas las disciplinas dispersas y con frecuencia tediosas adquirían un relieve excitante, se les convocaba en un lugar subalterno para reunir las a todas bajo la jefatura de un psicoanálisis reelaborado, que parecía ofrecer una respuesta a las preguntas más apremiantes del momento. Nunca nadie había hablado así, y si bien es cierto que no se comprendía gran cosa de la síntesis operada por Lacan, se tenía la convicción de que cuando menos él sostenía a un tiempo todos los hilos de ese saber y que tarde o temprano se terminaría por participar de ese saber, si se hacía el esfuerzo de escuchar y estudiar lo que decía.

Quisiera aquí subrayar un primer rasgo de la ilusión lacaniana. Ese discurso no era en realidad totalizante, era más bien un discurso absorbente. Lo que se demanda a un mito, a una leyenda, a una ilusión es que nos posea enteramente. Una leyenda debe constituir a un pueblo haciéndolo entrar en ella como en una matriz. La estrategia de Lacan respondía enteramente a esta necesidad. No consistía en mostrar explícitamente los vínculos entre las diversas disciplinas a las que hacía alusión, con el fin de constituir una totalidad, sino en hacer creer que era él quién poseía la clave de dicha síntesis y a suscitar en sus escuchas un trabajo que saturaba todos los instantes para llegar a descubrir esa clave. Los Seminarios fueron grabados y después escuchados una y otra vez. Si era posible obtener el texto se lo estudiaba de día y de noche. No se leía más que a Lacan. Su inmensa erudición, en mi opinión superficial, sugería que había agotado la tradición y que lo mejor era restringirse a él para conocer la quintaesencia de esa tradición. Los más valerosos se sumergían en los textos que citaba o en las disciplinas a las que hacía referencia. Algunos se pusieron a estudiar lingüística, lógica o matemáticas para intentar reconstruir el camino que Lacan había seguido o parecía haber seguido. Era más bien una estrategia, porque era preciso comprometer a quiénes lo escuchaban en un trabajo que los absorbiera por completo. El trabajo se convertía en infinito, en parte gracias a la obscuridad del discurso, puesto que se quería comprender aquello que se había hecho voluntariamente incomprensible; pero por otra parte, gracias a los lazos demasiado vagos que anudaba con otras disciplinas, puesto que nunca era posible reconocer relaciones que sólo existían sobre el plano metafórico. Era necesario que el trabajo se extendiera infinitamente con el fin de empeñar todas las fuerzas en una tentativa de comprensión, sin guardar ninguna para la crítica. Para muchos, el resultado de esa estrategia ha sido la adopción pura y simple de la lengua lacaniana, la asimilación de su vocabulario y de su sintaxis; de ahí la imposibilidad de hacerse comprender más por quiénes se han entregado a la misma empresa. Así se constituyó la secta lacaniana; estaba constituida por un conjunto de personas que hablan un mismo lenguaje estereotipado y que están obligadas a hablar entre ellas, porque nadie más las comprende.

Otra condición para que una leyenda sea aceptada es que se haga eco de los temas que circulan en un medio cultural dado y que

representan preguntas o soluciones indispensables para la supervivencia de esa mini-cultura. Ahora bien, Lacan a lo largo de más de 20 años, supo captar las diversas corrientes que conmovían a la *intelligentsia* francesa, y las supo asimilar a su propia concepción del psicoanálisis. Estuvo presente en los cursos de Kojève sobre Hegel (*Introducción a la dialéctica del amo y del esclavo*). Estableció contactos con Heidegger, de quién tradujo algunos fragmentos, desde el momento en que su pensamiento pasó por Francia (introducción de la verdad como develamiento, y no como adecuación de la inteligencia y de lo real). Siguió el desarrollo del estructuralismo (introducción de lo simbólico y más tarde del matema, calcado sobre el mitema de Lévi-Strauss). Estuvo en contacto con Jakobson y a través de él encontró a Saussure (la metáfora y la metonimia y la doctrina del significante). Cuando Escritura, con una mayúscula, se convirtió en moda, Lacan transformó, desde ese momento, su aprehensión del lenguaje. Podría continuar la lista de los préstamos que daban a su auditorio la impresión de hallarse en el límite de lo mejor que se pensaba hasta ese momento. Pero lo que tiene más importancia aún es que Lacan sabía disfrazar sus préstamos de tal manera que éstos parecían surgir de su propia doctrina. Y es verdad que las modificaba lo bastante como para imprimirles una coloración personal. Pero sobre todo, daba a entender que el psicoanálisis como él lo comprendía, aportaba a esos préstamos la luz de que adolecían. Lacan ofrecía la verdad a todo lo que balbuceaban sus contemporáneos.

¿Cuál era la naturaleza de esa verdad? Lacan pudo dar esta impresión de dominio y de poder porque dió a entender que el psicoanálisis, a través de su renovación del psicoanálisis, era capaz de explicar los límites de todas las disciplinas. Al centrar su doctrina en la fisural, la carencia, el lugar vacío que explicaba todas las disciplinas pues introducía en su punto de desfallecimiento. De ahí su interés, en las matemáticas, por el teorema de Gödel o de la paradoja de Rusell, su lectura de la Ley moral kantiana que identifica con el deseo reprimido, su interpretación de la lingüística a partir del significante puro que es una entidad cero, su insistencia sobre lo simbólico que funciona a partir de una ausencia, etcétera. Ocurre como si Lacan hubiera proclamado: con el psicoanálisis que he vuelto a inventar, estoy en la grieta de todas las grietas, en el lugar de la falta de todas las faltas y por consiguiente en el origen

de todas las creaciones, y todavía más, en el lugar de la causa de todos los efectos. Así como el psicoanálisis se apoya en las psico-neurosis y los sueños, es decir, en lo aberrante, para aportar su luz última a lo normal, así la falta de cada disciplina, al dar la explicación de su disfuncionamiento, ofrece la esencia de su funcionamiento. Lo negativo es el revelador final de lo positivo, su anverso decisivo, su verdad.

Es fácil comprender que una doctrina así haya podido seducir a centenas de oyentes, no todos imbéciles, pero todos deseosos de confiar en el más astuto de ellos. Esta doctrina daba la impresión de penetrar en el corazón de todas las disciplinas, es decir, de saberlo todo, puesto que se introducía en la falla de cada una de ellas, mostrando al mismo tiempo la vanidad de todos los saberes puesto que se reducían a la tentativa de ocultar esa falta. Lacan proponía pues a su auditorio, incluso si ese auditorio no lo percibía claramente, una supremacía sobre el saber y una desilusión del saber. Ofrecía el medio de instalarse en la omnipotencia y al mismo tiempo en la crítica radical de esta omnipotencia. esta articulación retorcida se convertía en una leyenda que se aliaba en cada uno al sueño de todo niño pequeño que oscila entre la exaltación maniaca y el desamparo depresivo.

Esta doctrina tuvo un impacto acentuadamente particular, porque estaba ligado a una práctica, y esta práctica reposa esencialmente sobre el fenómeno de la transferencia. No quiero insistir sobre este punto ya muy conocido: sin la transferencia a Lacan o a los psicoanalistas formados por él, esta doctrina no se hubiera extendido con esta facilidad. Quiero más bien subrayar que la doctrina ha dejado sus rastros poco a poco sobre la práctica. En particular el aspecto terapéutico quedó relegado a un segundo plano. Con el pretexto de que el tratamiento psicoanalítico no tiene como objetivo directo la eliminación de los síntomas, la propia cura se convirtió en un efecto derivado. A continuación se dió el siguiente paso: puesto que la fisura y la carencia constituyen una especie de esencia del deseo y por consecuencia del hombre, se admitió que el psicoanálisis, el verdadero debía fallar, ser un fracaso; debía convertirse en una iniciación al desastre. Semejante concepción de la cura tenía la doble ventaja de justificar una doctrina y de ahogar en su origen toda crítica posible de tal práctica. Quién exigiera a la cura una satisfacción de sus necesidades o de sus deseos sería

alguien que no habría comprendido en absoluto la finalidad del psicoanálisis, la cual se resume en un trabajo inmenso para descubrir que el verdadero deseo no puede alcanzar su objeto. Si el éxito se encuentra en fracasar, a medida que menos funciona más funciona. Se permanece definitivamente a cubierto de toda comprobación. Pero con ello se consolida la vigencia de lo esencial de las grandes leyendas: preparar al pueblo para sacrificarse por el pueblo.

En esta perspectiva, quisiera mencionar un último rasgo de la ilusión lacaniana. Una ilusión o una leyenda sólo es cultural o civilizadora si abre los mercados. Es decir, si la leyenda debe ser productoria de bienes para la sociedad a la que da un sentido. Como ha ocurrido en el caso de todas las religiones, una leyenda que se separa de lo económico y de lo político sólo puede desaparecer.

El psicoanálisis lacaniano ha logrado producir un lazo inmediato entre la producción cultural más gratuita y el funcionamiento del mercado. Ha reconciliado las más altas perspectivas culturales y las reglas más estrictas de la ganancia. Esto es absolutamente notable. Uno de los principios de la cura según Lacan es, en efecto, que el analista rechace la demanda del paciente para permitirle el acceso a su deseo. Si se responde a su demanda, se llena un vacío, se satisface una necesidad, pero no se provoca al deseo que se extingue en la realización. La ausencia de respuesta puede suscitar el deseo, porque el deseo está siempre ligado a una carencia, a un objeto que se eclipsa, el famoso, *objeto pequeño a* es decir, el objeto de la elección. El paciente en consecuencia, debe pagar al psicoanalista para que se mantenga en esta posición difícil, incluso insostenible, donde escuche perfectamente la demanda pero sin poder responder jamás a ella. Importa pues que el paciente se engañe siempre en su expectativa, y que incluso, en el límite, no tenga el tiempo de expresar su demanda. De ahí la práctica del psicoanálisis se reduciría solamente al pago: venir, pagarle al psicoanalista para que no responda a la demanda, para que no haga nada, no conceda ni siquiera su tiempo. Esa sería la condición para que emergiera el deseo puro. Así aparecería la quintaesencia de la cura que abriría el acceso a la fuente de la civilización y de la humanidad: el deseo en estado puro, fundado sobre la gratuidad absoluta del gasto. Lacan había conseguido, en los últimos años de su vida, esta purificación extrema de la práctica. Son numerosos los alumnos que lo siguieron por ese camino.

Se puede ver cómo el psicoanálisis, comprendido de esta manera, sin dejar de someterse a las leyes del mercado, puesto que hace nacer un flujo de dinero, subvierte estas leyes del mercado puesto que no concede ninguna mercancía contra el dinero pagado. Tal psicoanálisis puede entonces pretenderse revolucionario.

Habría mucho más que decir, en particular sobre la estrategia política de la implantación del lacanismo en la Universidad, los centros hospitalarios universitarios, las diferentes instituciones de atención social. Pero no quiero extenderme. Es preciso concluir.

He pensado desde hace algunos años que, a partir de la muerte de Lacan, la ilusión se dispersaría, porque la construcción se haría perceptible. Me equivoqué. Parece saludable en Francia, y se exporta ampliamente. Sin duda hay múltiples causas de este éxito. Pero lo que me parece determinante, es el lazo entre la pretensión a un saber que domina todos los saberes y la afirmación de que tal lugar es un vacío. Esa paradoja conviene perfectamente a nuestros contemporáneos. En un mundo en que los saberes han aumentado al infinito, ¿cómo no verse atraído por una obra que los unifica? Y además, en un mundo donde los valores religiosos, morales, políticos, se encuentran desacreditados, ¿cómo no adherirse a una doctrina cuyo único valor es el de una grieta, una falla, una carencia? La astucia suprema de Lacan es de haber fundado una ilusión sobre una especie de desilusión generalizada. Hay en ello un artificio que hace de esa doctrina una antidoctrina y que la pone a cubierto de cualquier ataque.

Las críticas pertinentes de la obra de Lacan existen. Muestran los juegos de prestidigitación, las aproximaciones indebidas, las promesas traicionadas, las incoherencias y las contradicciones. Pero no serán escuchadas, porque no reemplazan la ilusión que muchos requieren para vivir. En este sentido, la ilusión lacaniana, para tomar la expresión de Jacques Bouveresse, es una ilusión con un gran porvenir. Por supuesto lo es en Francia, pero puede serlo también en los Estados Unidos, en los medios de la crítica literaria que incluso no advertirán la operación de oscurantismo que avalan. Es verdad que se sirven de ella desde fuera del campo del psicoanálisis y que sólo le piden una incitación para renovar ciertas interrogantes envejecidas

